

PERCY HOPEWELL

Santa Teresa is different

Andanzas por tierras abulenses de un excéntrico inglés



Santa Teresa is different

COLECCIÓN
LITERADURA

Percy Hopewell

Santa Teresa is different

Andanzas por tierras abulenses
de un excéntrico inglés



Primera edición: marzo de 2015

© Percy Hopewell, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-943769-0-0

Dep. Legal: M-8118-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Santa Teresa*, © Carmen B. Gago y Cristina Serrano

Producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Santa Teresa is different

*Para la Orden del Carmelo Descalzo,
por todo lo que me ha enseñado*

*Para Andrés García Yebra y Agustín Gómez Izquierdo,
por su generosidad*

Y para Annie Chapman, of course

—Padre, ¿qué es el infierno?
—La incapacidad para amar y ser amado.

*FRANCISCO MARTÍN MARTÍN,
párroco de una aldea de Castilla*

LA LLEGADA

ENTRAR EN ÁVILA por la carretera de Salamanca es una de las más gratas sorpresas que te puede deparar este pintoresco país llamado España. Parece como si la ciudad te invitara a recorrer la Edad Media. A medida que me acercaba, mayor era el asombro. ¿Habrá foso alrededor de las murallas? ¿Dejarán caer un puente levadizo para poder salvarlo?

Al cruzar el río Adaja me topé con una rotonda y el encantamiento desapareció. No había foso, había césped. El tirón de la realidad. Qué tozuda y desagradable es la realidad.

Aun así, los lienzos pétreos, con sus torreones defensivos, me dejaron boquiabierto. Quizá —por ponerle algún pero— encontré la fortaleza demasiado nueva, como vestida de domingo. Para tener mil años le faltan los estragos del tiempo. A mi juicio —todo es opinable— necesita deterioro.

Dos o tres asaltos con ballestas, catapultas y cañonazos no le vendrían mal a este conjunto histórico-artístico. Lo dijo un poeta, no me acuerdo si Keats o Yeats: «No hay mayor belleza que la belleza derruida».

Subí una rampa y me colé por un arco. Al atravesarlo hice sonar mi claxon de sirena de barco. Cada vez que presiono el claxon, sale humo por una chimenea que instalé en un lateral del *dos caballos*. Varios transeúntes se quedaron mirándome.

—Quería ir al centro de la ciudad —consulté a un señor con corbata.

—Es mejor que salga, rodee la muralla y entre por la puerta de San Vicente. Verá indicadores. Por estas cuestras se va a hacer un lío.

—¿En dónde estoy?

—Este edificio de la izquierda es el Parador de Turismo.

—¿Y aquel otro?

—La antigua cárcel. Ahora es Archivo Provincial.

—Gracias; muy amable.

Intenté hacer caso al solícito abulense, pero mi desorientación es desesperante. Cogí una cuestra muy pina, me animé y seguí subiendo. Una flecha de tráfico —al llegar a un determinado punto— me escupió hacia abajo. Me encorajiné y lo intenté por otra cuestra, más pina aún. Una nueva señal de tráfico me indicó que tenía que bajar. Pero ¿cómo

un inglés, procedente de Oxford, no va a poder llegar al centro de esta ciudad? Pues no. No lo conseguí. Todas las callejas me expulsaban hacia el sur. Al fin entré por otro arco y rodeé el perímetro amurallado.

En un libro leí que la basílica de San Vicente es uno de los templos más bellos del románico español. Disminuí la velocidad y la observé desde la ventanilla. Esa piedra arenisca de tonos amarillentos y arañazos rojizos es ciertamente maravillosa. El coche de atrás pitó. Eché el freno de mano y bajé raudo.

—¿Ve esos dos cipreses? —señalé con el brazo hacia el ábside de San Vicente.

El conductor —un chico joven con gafas de reflejos— miró instintivamente hacia donde señalaba mi brazo.

—¿Es admisible que esos dos cipreses oculten una parte del ábside? Le ruego que opine; no le dé miedo.

El chico, impassible, me observaba tras sus gafas con reflejos. Seguidamente indicó con el dedo que mirara hacia atrás. Media docena de coches estaban parados. Ninguno pitaba, algo insólito en esta impaciente nación. Varios conductores habían sacado la cabeza por la ventanilla. Esperaban expectantes a ver si nos enzarzábamos o intercambiábamos unos cuantos *uppercuts*. A la gente le distrae mucho cuando dos se insultan y llegan a las manos.

Anduve unos pasos y me planté ante la fila de coches.

—¡Esos dos cipreses —volví a estirar el brazo— hay que talarlos! ¿No se dan cuenta de que son un postizo botánico intolerable?!

Esta vez, sí, reaccionaron. Al darse cuenta de que no había gresca empezaron a hacer visajes, a proferir palabras gruesas y a pitar de forma enloquecida.

—¡Allá ustedes; esta no es mi ciudad; es la suya!

Me alojé en el hotel Velada, un cuatro estrellas de lo más cuco. El director de la revista *News Magazine*, Robert Callaghan, me dijo que tenía que ir a un buen hotel. «Si te instalas en uno pringoso desprestigias el medio en el que trabajas». Este tipo de cuestiones no las discuto. Mi misión es rastrear las huellas de Santa Teresa y contarle al millón y medio de lectores que habitualmente nos leen.

No lo ocultaré: la revista tiene un tinte añejo; la mayoría de nuestros lectores utilizan bombín y son inflexibles con las ideologías que atacan su estatus. Todos sabemos que ni en Gran Bretaña ni en España hay censura. No hace falta que la haya. La censura se la aplica el propio reportero. Según el medio de comunicación en el que escribas, sabes lo que puedes o no puedes contar; lo que hay que resaltar y lo que hay que callar.

Intentaré no callarme nada.

Santa Teresa —estoy seguro— lo agradecerá. Ella se las tuvo tiesas con la Inquisición. Yo me las tendré tiesas con el *News Magazine*.

PRIMER GARBEO

DESDE LA BALCONADA DE mi habitación se ve la catedral, el hotel Valderrábanos y una bien abastecida tienda de *souvenirs* que lleva por nombre *Excellence*.

Mientras desayunaba a lo Gargantúa en el salón-bufé del Velada (menos mal que serán solo unas semanas, si no acabaría como Enrique VIII, a quien encajonaban en el trono); mientras desayunaba, decía, consulté el plano de la ciudad. Tras sopesar varios recorridos decidí que el primer destino iba a ser la iglesia-convento de la Santa. Aquí, en el siglo XVI, estuvo la casa de sus padres: Alonso Sánchez y Beatriz de Ahumada. Y aquí —según la tradición— nació Teresa un 28 de marzo de 1515. Unos dicen que nació en la ciudad; otros sostienen que fue en Gotarrendura —pueblecito a pocas leguas de Ávila—, donde los padres poseían una hacienda. De

aquellas propiedades únicamente se conserva el palomar. Iré a verlo. Sin duda.

Ávila y Gotarrendura se han arrojado —y se siguen arrojando— el nacimiento de la Santa a la cabeza. Oficialmente nació en Ávila. ¿Pruebas? Ninguna. La única prueba fehaciente es que el pez grande se come al chico. La partida de nacimiento continúa sin aparecer. En Gotarrendura dicen que la hoja fue arrancada del archivo parroquial y luego destruida. En Ávila replican que eso son pataletas de estudiante suspendido. Una tarde apareció en Ávila el televisivo padre Mundina (experto en plantas) a dar una conferencia. Dijo que la Santa había nacido en Gotarrendura y casi se lo comen crudo, incluidas las autoridades eclesiásticas.

Nosotros, en este asunto —y en todos—, oír, ver y apuntar.

¿Por qué Teresa de Cepeda y Ahumada y no Teresa Sánchez? ¿Por qué omitió el apellido paterno? Por una razón que, en aquel entonces, resultaba poderosa: su padre era de origen judío y aquella mácula (a los judíos los llamaban marranos) había que borrarla como fuese. Isabel la Católica los había expulsado unos años antes. Ser judío era sinónimo —poco más o menos— de usurero, traidor, deicida y apestado. Nuestra protagonista tomó el primer apellido de la abuela materna (natural de Tordesillas y limpia de sangre) y el segundo de la madre, también sin contaminar. Santa Tere-

sa no hace ninguna alusión en sus escritos a su ascendencia judía. Pero sí utilizaba criptogramas (palabras clave) en sus cartas, costumbre muy habitual en un pueblo tan perseguido y tan odiado.

Bajé por la estrechísima calle de la Cruz Vieja, cuyo último ramal se denomina de la Vida y la Muerte. La inmensa mole de la catedral-fortaleza apenas deja filtrar la luz. La sensación de claustrofobia aumenta cuando, en lo alto, observas unas tallas en piedra que justifican el nombre de la calle. El relieve de una jovencita contrasta con la de un niño muerto y una calavera. Buena parte de la población —en la Edad Media y en la Moderna— era analfabeta. La Iglesia se ha valido de la fuerza de la imagen (como ocurre ahora con la televisión) para inocular mensajes que atemoricen a los fieles. La Iglesia nunca perdió el tiempo. Siempre prefirió que la temieran a que la quisiesen. Esta sencilla fórmula le ha permitido mantenerse en el poder desde hace más de dos mil años.

Un poco más abajo se encuentra el restaurante Las Cancelas. Al pasar junto a él percibí un aroma que removió mis jugos gástricos. En Castilla asan los cerditos con apenas veinte días. Tengo un amigo de Gales —tan radical como contradictorio— que censura esta práctica culinaria, a la que califica de «cochinicidio». Se mantuvo en sus trece hasta que le invité a comer en Arévalo. Los amigos —lo

tengo comprobado desde la adolescencia— cambian de convicciones con tal facilidad que se transforman en seres encantadoramente inconsistentes.

La calle confluye en una plazoleta. En un lateral, pegada a la muralla, vi una caseta de madera con una señorita cobijada en ella. La señorita me informó de que se puede subir al adarve. «Tiene usted dos recorridos: uno corto, cuyas escaleras de acceso están ahí, y otro largo, que comienza en la Casa de las Carnicerías. El importe son cinco euros». El adarve —me aclaró la señorita— es el estrecho pasillo donde, antaño, los centinelas hacían la ronda para vigilar quién entraba o salía de la ciudad.

Las escaleras, muy empinadas, no eran de fiar.

—¿No las habrá diseñado Santiago Calatrava? —pregunté a un paisano que bajaba por ellas.

—No. Estas son muy antiguas. Tan antiguas como las murallas.

El buen hombre me invitó a atravesar una gran arcada. La llaman puerta del Alcázar. Sus ojos se desviaron hacia el ala meridional de la plaza de Santa Teresa.

—¿Sabe quién ha construido eso?

Miré donde señalaban sus furiosos ojos.

—¿Santiago Calatrava?

—No. Un arquitecto que se llama Rafael Moneo.

—¿El de la ampliación del Museo del Prado?

—Ese mismo. ¿Qué le parece?

Me fijé con detenimiento en aquella enorme caja de cerrillas realizada con ladrillos y monótonas ventanas.

—Así, a bote pronto, me parece espantoso.

—Ha desgraciado la plaza, pero el tipo sigue ahí, libre, todavía no le han metido en un estanque con cocodrilos.

Por el tono de voz y la recia mirada, no parecía que hablara en broma.

—Ha hecho ese adefesio, se ha reído de los abulenses y, por todo ello, ha cobrado una pasta gansa... ¿Sabe lo que le digo?

—Diga usted.

—Le diré lo que yo haría. Haría lo siguiente: sin temblarme el pulso colocaría unos cuantos barrenos... ¡y a tomar por culo el edificio! Si lo hiciese, miles de personas me dedicarían una atronadora ovación.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque no tengo dinamita.

Dicho esto me deseó un buen día y desapareció bajo la gran arcada.

Dudé en subir o no al adarve. Que las escaleras tuvieran mil años era una garantía, pero opté por no subir. El vértigo puede más que mi voluntad.

Continué mi ruta en busca del lugar donde nació la Santa.

